

Los que mandan en Argentina: ¿Una élite del poder? Una investigación bajo los supuestos de la sociología científica.

Khalil Elías Esteban.

Cita:

Khalil Elías Esteban (2007). Los que mandan en Argentina: ¿Una élite del poder? Una investigación bajo los supuestos de la sociología científica. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/95>

LOS QUE MANDAN EN ARGENTINA: ¿UNA ÉLITE DEL PODER? UNA INVESTIGACIÓN BAJO LOS SUPUESTOS DE LA SOCIOLOGÍA CIENTÍFICA

Khalil Elías Esteban

Facultad de Ciencias Sociales, UBA

e.qalil@gmail.com

“Esta investigación es una tentativa de aproximarse lo más posible a la verdad. Que se obtenga o no, lo dirán los hechos. Y la crítica”
José Luis De Ímaz¹

Los que mandan en Argentina: ¿una élite del poder?

C. Wright Mills, en su obra *La élite del poder*, considera a la élite como el círculo íntimo de las altas clases sociales, las cuales forman una entidad social y psicológica más o menos compacta, y tienen conciencia de pertenecer a una clase social. Dice específicamente: “Se aceptan unos a otros, se comprenden entre sí, se casan entre sí, y tienden a trabajar y a pensar, si no juntos, por lo menos del mismo modo (...) La idea de este estrato dirigente implica que la mayor parte de sus individuos tienen orígenes sociales análogos, que a lo largo de sus vidas mantienen entre sí una red de conexiones familiares o amistosas, y que existe, hasta cierto punto, la intercambiabilidad de posiciones entre las jerarquías diversas del dinero, del poder y de la fama”². Esta concepción de la élite acompañará toda la obra, y será una de las principales ideas-fuerza que permitirán al autor interpretar cuáles son las razones de que al momento de escribir su libro, como en ningún otro momento en la historia, las decisiones que toma esa minoría del poder tienen más consecuencias para un mayor número de personas, teniendo en cuenta el aumento y la centralización de los medios de poder de que disponen.

El objetivo de este artículo es reseñar la obra del sociólogo argentino José Luis de Ímaz, *Los que mandan*. ¿Por qué se creyó necesario, entonces, comenzar explicitando la percepción del sociólogo norteamericano respecto de la naturaleza de la clase dirigente en su país? En primera instancia, es indudable la influencia de la obra del autor de *La imaginación sociológica* sobre el citado libro del sociólogo argentino. Pero aún más, desde aquí consideramos que *Los que mandan* se organiza fundamentalmente teniendo como referencia esta idea-fuerza que retomáramos de Mills. De Ímaz estructura su libro de un modo tal que pareciera responder a la pregunta: *¿En qué sentido esta constitución propia de la élite norteamericana es aplicable a la sociedad argentina?* Y más allá de las deficiencias que puedan encontrarse en el camino hacia una respuesta a tal pregunta, y las críticas válidas que puedan hacerse sobre las conclusiones finales, lo cierto es que las mismas dirán que justamente es ese proceso el que no existe en el caso argentino: “No puede hablarse de una élite dirigente en la Argentina (...) porque la existencia de una élite real –es decir, algo más que una élite funcional–, la existencia de un grupo de individuos que concertadamente conduzca a la comunidad, la dirija en vista a la obtención de

determinados fines, al alcance de ciertos logros, se rija por marcos normativos más o menos similares, eso es lo que no se percibe en nuestro caso”³.

Por eso el título. Por eso simplemente *Los que mandan*. Refuerza nuestra hipótesis el hecho de que el autor argentino tenga en cuenta la definición de élite de Mills al momento de ponerle título a su obra: la omisión de esta palabra es consciente, y exige una rápida aclaración del por qué de tal omisión. De hecho, la “Nota introductoria” de *Los que mandan* comienza siguiente modo: “En esta obra se formula un análisis sobre los grupos dirigentes en la Argentina. Alguien podrá decir que se trata de un estudio sobre las ‘élites dirigentes’. Pero quien llegue hasta el último capítulo verá por qué razones me resistí desde el comienzo a hablar de ‘élites dirigentes’, y por qué en cambio la investigación fue rotulada en la forma más lata, más extensa y aparentemente también menos académica. Hay algunas razones que impulsan, en el caso argentino, a hablar de ‘los que mandan’ en vez de la élite dirigente”.⁴

Los que mandan y la sociología científica

Indudablemente *Los que mandan* no es simplemente la aplicación del análisis de *La élite del poder* para el caso argentino. Sería ingenuo suponer que existe una relación de continuidad entre ambos textos sin mediaciones, y negar las múltiples influencias que convergieron para que de Ímaz lograra su resultado final. Sin negar dichas influencias entonces –que serán repasadas en su momento- es posible inscribir este texto en el marco de la sociología argentina de la época, que supone la reinterpretación reflexiva de modelos de análisis aplicados en el exterior para el caso argentino. Puntualmente, esa empresa tiene a Gino Germani como principal referente, y la producción científica norteamericana como principal horizonte de búsqueda. No es casualidad que en 1961, tres años antes de la publicación de *Los que mandan*, Gino Germani haya prologado la edición en español de *La imaginación sociológica*, obra cumbre de Mills y que lo dejaría definitivamente posicionado como uno de los promotores de un nuevo modo de reflexión sociológica, en términos metodológicos, intelectuales y profesionales, en el marco de un contexto sociológico caracterizado por la llamada “revuelta contra Parsons”. En dicho prólogo, Germani aclara que “La traducción de un libro implica algo más que un mero problema lingüístico. Se trata de introducir en cierta cultura el proceso de otra, alejada o próxima de la primera, pero en todo caso, *distinta*”. Y más adelante continúa: “Este libro trata por cierto problemas universales, problemas que surgen algunos de los dilemas que debe enfrentar la disciplina en la presente fase de su desarrollo; no obstante, el debate que realiza Mills no deja de darse en un contexto intelectual y científico bien distinto del que existe en América Latina: en este sentido la ‘traducción’ requiere un esfuerzo por ubicar el contenido del libro dentro de su contexto originario y a la vez evaluar su significado con relación al contexto intelectual y científico propio de la cultura en que se trata de introducirlo”.⁵ Esta advertencia de Germani no es desinteresada. Resulta, por el contrario, claramente necesaria, si tenemos en cuenta que la obra que prologa ataca –entre otros- a un tipo de sociología que es definida como “empirismo abstracto”, de la cual Germani es la cara visible en la Argentina, más allá de la adecuación de dicha asociación a la realidad. La “revuelta contra Parsons” de los años ’60 en la sociología mundial en general y en Estados Unidos en particular, supone la crítica tanto a la “gran teoría” y “el

fetichismo del dato” como al “empirismo abstracto” propio del modelo estructural-funcionalista. Mills, frente a este tipo de modo de producción sociológica, opone la revitalización de ciertas tradiciones olvidadas, y postula la vuelta a un tipo de investigación “artesanal” que logre redescubrir en el oficio del sociólogo la *imaginación sociológica*, permitiendo una actitud más reflexiva con los datos y con la teoría, y una articulación prudente de ambos. Ahora bien, es justamente ese apego exacerbado por los datos una de las fuentes principales de crítica a Germani, que llevan en el país a lo que podríamos denominar una “revuelta contra Germani”, paralela a la norteamericana, y liderada, paradójicamente, por algunos de sus alumnos y discípulos. El hábil recurso del sociólogo argentino es situarse entonces como continuador y adherente de los postulados de Mills, pero advirtiendo que el contexto de la sociología en Argentina (y de América Latina en general) merece una actitud más cautelosa: “¿En qué medida el análisis de Mills es relevante para la situación de la sociología en América Latina?”⁶, se pregunta Germani. Y su respuesta transita inevitablemente los caminos de la defensa del rigor metodológico y la necesidad del respaldo de los datos en toda producción sociológica.⁷ La necesidad de Germani de aclarar que el empleo abusivo de ciertas técnicas de ningún modo resta el valor que las mismas puedan tener, junto con la valorización positiva de la organización, en términos de estructuración burocrática y centralización del poder, son parte de ese recurso intelectual citado anteriormente, que le permiten introducir una obra de alta significación y legitimidad en el campo disciplinar, situándose al mismo tiempo dentro de esa tradición intelectual. Más allá de que algunas de las críticas que hace Mills sean aplicables a Germani, más allá de la real adecuación de los supuestos metodológicos e intelectuales de este último a los de aquél, lo cierto es que Germani, atento como siempre al desarrollo de la sociología a nivel internacional, intenta hacer propio un modelo de sociología que cobra creciente legitimidad en el campo, incorporándole los elementos que sostuvo como irrenunciables en la conformación de la “sociología científica” en Argentina. Y todo ello más allá, claro está, de que ese proyecto se derrumbe años después y lo lleven a “refugiarse” en el ámbito privado. La sociología científica que proponía Germani, y en la que sin lugar a dudas el texto de de Ímaz se inscribe⁸, se proponía refundar el conocimiento científico de la sociedad, constituyéndose en una ciencia con orientación empírica y dejando de lado a los “ensayistas” y a los “ideólogos”. Paralela y consiguientemente, suponía profundos procesos de profesionalización e institucionalización de la disciplina: el acento puesto sobre investigaciones empíricas, de gran escala y predominantemente cuantitativas exigía una dedicación exclusiva a la profesión y el entrenamiento en modernas técnicas de investigación bajo el respaldo de instituciones enfocadas en tal empresa. Pero la sociología científica se mostraba también reacia al empirismo acrítico: en este sentido, y tratando de escapar tanto al “empirismo desordenado” como a la “especulación descontrolada”, su propuesta era convertir a la sociología en una ciencia empírico-analítica que “estuviera en condiciones de proporcionar un cuadro categorial que ordenara y guiara la percepción de los datos, así como también las hipótesis que la investigación empírica se encargaría de verificar”.⁹

Los que mandan: proto y prehistoria

Ahora bien, decíamos antes que resulta necesario indagar las distintas influencias que motivaron a de Ímaz a escribir la obra en cuestión. Cada texto tiene determinadas “deudas intelectuales” que, con limitaciones, es posible reconstruir. En este caso la labor de reconstrucción se hace más simple, teniendo en cuenta que es el propio de Ímaz el encargado de contar cuál es la protohistoria y la prehistoria de su obra, con motivo de un homenaje realizado por la Facultad de Ciencias Sociales y Económicas y el Instituto de Ciencias Políticas de la Universidad Católica Argentina, a 40 años de publicado su libro. Respecto a la protohistoria, de Ímaz reconoce dos influencias principales: por un lado, la de Rodolfo Irazusta, quien en la obra conjunta publicada junto a su hermano Julio, *La Argentina y el Imperialismo Británico*, sostiene que desde la Independencia las élites dirigentes porteñas han sido gerenciales. Y la segunda le corresponde a Ernesto Palacio, quien en *La Teoría del Estado* hace un estudio sobre la circulación de las élites. Respecto a la prehistoria de *Los que mandan*, parte importante de la misma fue desarrollada anteriormente. Situar institucionalmente al autor y su obra supone aclarar que, concluidos sus estudios en Derecho en Buenos Aires y Ciencias Políticas en Rosario, ingresó en 1954 como miembro adscripto al Instituto de Sociología de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en la que recibió la formación de Germani a partir de 1955. Si bien de Ímaz destaca las diferencias políticas con su “jefe” (que caracteriza como “insalvables”), reconoce una influencia fundamental en lo que tiene que ver con el rigor metodológico y la objetividad de la sociología en tanto ciencia, desprovista de juicios de valor.¹⁰ De hecho fue Germani quien dirigió su tesis doctoral y quien le dio el apoyo necesario para recibir la beca externa del CONICET que le permitió viajar a Francia, donde terminó de decidir su tema de investigación en base a la lectura de clásicos que desconocía (Pareto, Mosca, Michels) y a experiencias vividas bajo el gobierno de De Gaulle. Claro está, la influencia de Mills ya había calado profundamente en de Ímaz previamente a este viaje, predisponiéndolo en la búsqueda de fundamentos teóricos para su tema de investigación. Dice de Ímaz al respecto: “este exitoso libro vino en mi favor, o sea, en pro de auspiciar mi proyecto de investigación”¹¹.

¿Quiénes son los que mandan?

Si hubiera que reparar en un aspecto distintivo del texto, sin dudas nos referiríamos a su apego a los datos. De Ímaz, inscripto en la tradición intelectual arriba descrita, intenta realizar un trabajo basado en el análisis de hechos, desprovisto de juicios de valor. A su entender los juicios los pone el lector, luego de leer una obra que, afirma, presenta la “situación real” y tiene por norte la objetividad en el análisis. Con esta premisa de trabajo a-valorativo examinará el rol de determinados grupos, tratando de evaluar su peso y la magnitud de su gravitación dentro de la sociedad: “en esta investigación se verá el poder de los grupos dentro de la sociedad, el prestigio que poseen y las diversas situaciones de status –origen social, niveles educacionales, pertenencia a clases sociales, tipo de carrera realizada- que invisten los que están al frente de esos grupos.”¹² Para ello adopta como estrategia de indagación el análisis de individuos situados en posiciones jerárquicas, en las “más altas posiciones institucionalizadas”, dentro de la sociedad. Pese a las deudas intelectuales y el reconocimiento a sus principales influencias, de Ímaz considera que no contó con base previa a su trabajo, ni con estudios

específicos sobre los sectores que él tomó en cuenta: político-administrativo, militar, religioso, económico y laboral. Dentro del período que decidió investigar, 1936-1961, confeccionó una lista con todas las personas que en intervalos iguales de cinco años detentaron esas posiciones jerárquicas en las instituciones de referencia, constituyendo esa la “muestra” de su indagación, de la cual intentó obtener la mayor cantidad de información posible realizando “historias de vida” de cada uno de los sujetos que ella incluía.

Sus primeros capítulos los dedica a los elencos políticos (presidentes, ministros, gobernadores), entre los que encuentra un notorio predominio de abogados. Más allá del origen social del que provinieran, de Ímaz concluye que siempre terminan creando “mentalidades de status” que borran esas barreras originales y los lleva a identificarse con una “clase dirigente”. En su análisis de las Fuerzas Armadas, lo que observa es que ellas no constituyen en Argentina un grupo de presión sino que, por el contrario, son un factor de poder, lo cual es típico de un país con pobre cultura política. Las consecuencias de ello son las crisis de legitimidad y el vacío de poder. Su análisis sobre el origen, la extracción social y medio ambiente familiar de los oficiales superiores deshecha la versión de la existencia de una “casta militar”. Lo que sí observa, al igual que en los elencos políticos, es la adquisición de una mentalidad de status una vez que se ingresa a los cuadros superiores, asociada dicha mentalidad en este caso a la “verdad nacional”.

En su análisis de la Sociedad Rural, el autor encuentra que el organismo asume la representación de los grandes propietarios, pese a que éstos sólo son una minoría dentro del total de productores: ello tiene que ver con que sus intereses están bien articulados. En cambio, en los niveles medios las articulaciones son parciales, sin peso colectivo, y faltan “líderes reales” que logren generar mayor gravitación en la economía nacional. Los grandes propietarios argentinos no son asociados por de Ímaz a una élite tradicional refractaria al cambio. Al contrario, muestra cómo fueron ellos mismos los que iniciaron el proceso de modernización entre los años '80 y los años '20. El recambio generacional por “nuevos propietarios” en los '30, trajo consigo una posición más dura y tradicionalista; la vieja clase alta de Buenos Aires propietaria dejó de ser entonces clase dirigente, pero la pérdida de su poder político no significó la pérdida de su poder económico. Para el autor, esta clase alta de Buenos Aires constituye el único grupo con movilidad social horizontal en el país, con intereses muy bien articulados que le permitieron extender su radio de acción más allá de las funciones sociales a las que estaba limitada.

Esa articulación de grupo que encuentra en los propietarios no la encuentra de Ímaz entre los empresarios. Su conclusión respecto a ellos lo deja en claro: “Los empresarios no mandan, porque faltos de solidaridad no tienen otra motivación que la fabricación... de su propio status”.¹³ Pese a las distinciones que hace entre los distintos tipos de empresarios, la tendencia es que el poder económico que han logrado no fue acompañado de un prestigio social. En el caso particular de los empresarios de capital internacional, en los que el autor repara especialmente, esto se debe a que las grandes corporaciones están en manos de gerentes no identificados con el país. Su influencia en la toma de decisiones colectivas tuvo peso en los años '30, pero esa capacidad fue

perdida rápidamente, debido a la diversidad de actores que constituyen el sector, y a las diferencias de tipo personal, de grupo y de orígenes de esos actores: no están articulados entre sí, sino que están enfrentados. La actitud que los absorbió giró en torno a la conquista del más alto status posible, en beneficio único, exclusivo y personal, para sí, para su familia, su grupo, su empresa, pero no para la entidad, cuerpo, institución o sector social exterior a su grupo de pertenencia.

El análisis de las jerarquías eclesiásticas de la Iglesia Católica merece una referencia particular. Es que más allá del recorrido habitual que hace de Ímaz a través de la composición etaria, extracción social, procedencia regional, nivel de instrucción y otras variables de clasificación general del grupo, el autor no logra hacer para este sector un análisis que vaya más allá de los datos, y sus conclusiones parecen estar influidas por sus convicciones religiosas y su formación católica. Advirtiendo que en el lapso objeto de estudio el país experimentó crisis morales profundas, de Ímaz cree que la institución religiosa es allí, como nunca, “funcionalmente” indispensable, la única capaz de proveer de sentido trascendente las acciones humanas y de ofrecer marcos valorativos firmes. A su entender, la religión organizada es la única que puede ofrecer “un sentido teológico al cambio. Es decir, es el único grupo que frente a la actitud del cambio por el cambio mismo, puedo oponer la idea del cambio por el cambio bueno.”¹⁴ Pareciera que por primera vez en el libro, las valoraciones subjetivas de de Ímaz logran ser más fuertes que su apego a los datos, lo cual determina que sus reflexiones se sitúen más en el ámbito del “deber ser” que en el del análisis y descripción de hechos fácticos y la interpretación de esos datos. En esta sección es en la que encontramos al autor más alejado de la premisa de neutralidad valorativa que guía su obra.

Finalmente, su análisis de los dirigentes sindicales también tiene una particularidad: es un capítulo más reflexivo, con mayor historización y comprensión general del grupo en cuestión, en el que el autor da más libertad a sus interpretaciones y no se restringe tan sólo al análisis de los datos. Esto se podría explicar teniendo en cuenta el grado de discusión que en los '60 genera el fenómeno del sindicalismo en el ámbito académico de las ciencias sociales, y la necesidad del autor de posicionarse dentro de esas discusiones. De Ímaz deja entrever aquí las influencias de Gino Germani, quien se dedicó en mayor medida a las capas medias de la población y, por ende, al fenómeno del sindicalismo.

En conjunto, el libro aquí reseñado puede leerse teniendo en cuenta la premisa que plantea el autor en numerosas ocasiones: “el análisis sociológico es eminentemente empírico, y cuando se trata de un caso como el analizado, debe necesariamente partir de los “datos” que le proporciona la realidad”.¹⁵ De hecho, cada capítulo se inicia del mismo modo, y el lector puede anticipar con qué va a encontrarse ante la descripción inicial de cada uno de los grupos analizados: origen social, niveles educacionales, pertenencia a clases sociales, tipo de carrera realizada. En base a esos datos el autor construye legítimamente cierto “perfil medio típico” de los individuos situados en cada uno de los grupos, que le permiten reflexionar acerca de sus funciones y su grado de influencia en las decisiones colectivas. El esquema típico-ideal weberiano, si

bien no tiene una referencia explícita a lo largo de la obra, indudablemente forma parte del esquema lógico que el autor pone en práctica para realizar su análisis. Es entonces cuando entra en juego cierta “teoría de los grupos”, a partir de la cual de Ímaz va a observar en qué medida cada uno de los sectores que son su objeto de estudio logran articular sus intereses, teniendo en cuenta que dicha “articulación” es una de las funciones permanentes de todo sistema. El segundo paso es ver si esos intereses articulados son efectivamente “intereses incorporados” al sistema, de forma manifiesta o no manifiesta: la tendencia que percibe allí es que en cada momento histórico, los intereses bien articulados han estado incorporados al sistema político. Ahora bien, con el acento puesto en estos aspectos de Ímaz llega a las conclusiones que planteáramos al inicio de esta reseña: la Argentina es un país sin élite dirigente. La crisis de conducción es el fenómeno a explicar y ella tiene base en la radical incomunicación de los distintos grupos sectoriales. A diferencia del grupo que convirtió a la Argentina de desierto en nación moderna (que, al menos, tenía una programa implícito de conducción), la clase dirigente que sobrevino a la modernización y la movilidad social no logró adquirir los atributos de organización y cohesión necesarios para conformar una verdadera clase dirigente. Al haber surgido de diferentes medios, al tener orígenes y procesos de socialización disímiles, el principal problema del grupo dirigente argentino es su falta de comunicación: “los dirigentes no se conocen”. Indudablemente de Ímaz suponía que si una de las clases sectoriales asumía el liderazgo, las carencias de la dirigencia argentina podían encontrar una solución. Su perspectiva final se orienta a la aparición de una nueva generación con una nueva actitud, con bases formativas sólidas, con un conocimiento técnico necesario para poner en marcha un Estado moderno: una élite ideológica e históricamente reconstructiva.

Los que mandan: comentarios finales

Las conclusiones finales de de Ímaz le valieron la mayor cantidad de críticas, bien porque allí se dirige contra sus convicciones teóricas yendo más allá de los datos, o bien porque no pronuncia con claridad suficiente la fórmula política deseada para conformar una clase dirigente “propia de una sociedad libre y pluralista”. No obstante, *Los que mandan* debe ser leído como un texto que respeta ampliamente las convicciones teórico-metodológicas del autor, y como una sana expresión de las intenciones de construcción de una *sociología científica* en Argentina. Conociendo las limitaciones de la investigación Argentina actual en términos de vaguedad metodológica y desarticulación entre la teoría y los datos, *Los que mandan*, con sus limitaciones, puede ser utilizado como una guía para la producción sociológica actual

Referencias

¹ De Imaz, J. L. (1969). *Los que mandan*. Buenos Aires: Eudeba. P. 17

² Mills, C. W. (1957). *La élite del poder*. México-Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. Pp. 18-19.

³ De Imaz, J. L. (1969). *Op. Cit*, Pp. 236.

⁴ *Ibíd.*, p. 1.

⁵ Mills, C. W. (1994). *La imaginación sociológica*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. P. 9.

⁶ *Ibíd.*, p. 14.

⁷ Dice Germani explícitamente: “resulta claro para quien conozca la sociedad norteamericana y a la vez haya examinado con alguna atención el desarrollo, estado actual y tendencias visibles que la Sociología presenta en sus centros más avanzados en otros países que no se trata realmente de defectos inherentes a las nuevas orientaciones metodológicas y a las exigencias organizativas, sino que reflejan sobre todo (aunque no exclusivamente) ciertos rasgos de la sociedad norteamericana, rasgos que han conducido a desarrollos unilaterales y extremos, a la exasperación de actitudes que, en su expresión más moderada, lejos de resultar perjudiciales o ‘deformantes’ constituyen un avance necesario en la evolución de la sociología como disciplina científica. Tómese el ejemplo del perfeccionismo metodológico...” Mills, C. W. (1994). *Op. Cit.*, p. 15.

⁸ Dice Germani sobre el texto de de Ímaz: “Esta investigación, la primera que se llevó a cabo en Argentina y en América Latina [sobre la élite del poder], es muy rica en informaciones y análisis sobre los orígenes sociales y sobre la estructura interna de varios sectores en ejercicio del poder de decisión”. Germani, Gino (1968). *La sociología en Argentina. Revista Latinoamericana de Sociología*. Buenos Aires, 3. P. 407.

⁹ Blanco, A. (2006). *La Soicología. Una profesión en disputa*. En Neiburg y Plotkin (Eds.), *Los intelectuales y la intervención del peronismo. Estudio de Antropología social y cultural*. Buenos Aires: Alianza. P. 352.

¹⁰ De Ímaz caracteriza a Germani como un “positivista, materialista histórico que no materialista dialéctico, y un progresista, que en el fondo era una expresión local de un ‘liberal’ norteamericano”. Además, dice que le perdonó pasados políticos que en aquella época eran inaceptables y que se agravaban por sus simpatías con el General Lonardi y su gobierno, por su condición de católico y por ser seguidor de Ortega y Gasset que, a entender de Germani, lo llevaría por caminos metafísicos y/o ensayísticos. Dice de Ímaz: “Germani sostenía que eso auspiciaba la pereza intelectual, que emitía opiniones sin el aval de los datos, pero que todo ello sería barrido por el triunfo final de la Sociología Científica, munida de cifras (...) Germani tuvo la gentileza de permitirme, y auspiciar que yo dejara a salvo, en mi clase, todas mis discrepancias, en especial frente a su creencia epistemológica en la unidad de las ciencias, válida igualmente para las ciencias exactas que para las sociales. Esto afectaba mis vísceras más profundas, pero Germani enseñaba y no obligaba...” En de Ímaz, José Luis (2004). *Los que mandan, 40 años después. Revista Valores en la Sociedad Industrial*. Año XXII, nº 61, diciembre. P. 56.

¹¹ *Ibíd.*, p. 57. Dice anteriormente: “‘The Power Elite’ tuvo en nuestro medio un éxito sensacional. En su estudio Mills evidenciaba que una élite conducía la vida institucional norteamericana. Se trataba de una élite conservadora –era la época de la Presidencia del general Eisenhower- ‘wasp’, y formada en las mismas grandes universidades de la Costa Este. Se trataba de la élite militar empresarial que Mills rechazaba en su totalidad”.

¹² De Ímaz, J. L. (1964). *Op. Cit.*, p. 2.

¹³ *Ibíd.*, p. 159.

¹⁴ *Ibíd.*, p. 185.

¹⁵ *Ibíd.*, p. 38.